

MIRET MAGDALENA

EL OCASO DEL TIEMPO ACTUAL

Un tiempo que no piensa por cuenta propia está llamado a desaparecer. Ese fue el tiempo inmediatamente anterior al nuestro; que todavía perdura, para nuestra desgracia, en el actual. Por eso vislumbraba el pensador católico Guardini el ocaso de nuestra época.

Este ocaso se abre a otro tiempo nuevo porque vamos los hombres acostumbrándonos a reflexionar, a pesar de la influencia que ejerce sobre los mortales la sugestionadora propaganda que se hace en el mundo actual en prensa, TV, radio y cine. Vivimos bajo una tromba de ideas e imágenes que nos inunda sin darnos casi respiro.

Y uno de sus peores efectos es hacernos olvidar la verdad, sustituyéndola por lo verosímil, en las discusiones humanas o religiosas. Cuando los conservadores pretenden hacernos creer que la rutina superficial es la verdad, se dejan llevar por ese sentido común que tanto daño ha hecho a los hombres de todos los tiempos. La realidad —siempre dura y difícil, pero salvadora— se nos oculta y pierde cada día tras el atractivo de lo envolvente y lo brillante. Como decía el viejo Freud —ese sabio al estilo clásico—, «lo verosímil no es siempre lo verdadero; ni lo verdadero es siempre verosímil» (Moisés y el monoteísmo, S. Freud). Quien se desprenda de ese sentido común, que nos atenaza con sus falsos atractivos, llegará a la verdad de la ciencia, del arte o de la religión. Quizá no haya verdad más lograda que ésta para llegar a comprender que la paradoja, seriamente comprendida, es la esencia de la vida real. En lo sanamente carnal, en la materia humanizada, está el espíritu, y no en las elucubraciones platonianas. Ahondando en la física llegamos a la química y a la biología, como nos enseñó el genial físico Pascual Jordan con el hallazgo de la biología cuántica. En todo lo sensible —como predijo el católico Teilhard— se encuentra el espíritu latente.

Estos descubrimientos pacíficos no han ido haciéndose sin dificultades. Una de las principales fue ese atarse en el siglo XIX y XX a este mundo material, puramente mecánico, que habíamos heredado de Aristóteles, y que sólo la sociología científica del siglo XIX intentó, de manera seria, superar. Otra fue la tendencia romántica a idealizar cualquier tiempo pasado, como si siempre fuese mejor, aquel que nuestro clásico Manrique plasmó en sus versos.

Producto de tal falsa liberación fue, en parte, la obra del filósofo ruso cristiano Berdiaeff, predicando —por los años 30— una nueva Edad Media. Pero Guardini —a pesar de lo que algunos dicen— no cayó en tamaño error. Cuando señala el ocaso de nuestros tiempos no es para añorar románticamente ningún tiempo pasado, sino para alumbrar con su penetrante intuición los tiempos por venir.

Guardini no fue pesimista. Su crítica de la era atómica era algo más profunda que la que vivieron los españoles conservadores en tiempo de la República. Las voces añorantes del periodista Ramiro de Maeztu —el gran don Ramiro, al decir de Ortega—, ni poco después las del filósofo convertido García Morente, pueden ser hoy atendidas.

La Edad Media —a pesar de su real libertad intelectual, en el plano católico, mayor que la época anterior al VATICANO II— no puede ser, sin embargo, nuestro modelo; es un tiempo ya pasado, muerto definitivamente. Pío XII —un hombre moderno, a pesar de su final apocalíptico— lo vio bien claro: varias veces dijo que la Edad Media no era «la» civilización ni «la» edad cristiana.

¿Cuáles son, entonces, las claves de esta nuestra Edad Moderna?

Según Guardini, dos: la autonomía radical del hombre, y el desprecio y abandono de la creencia en Dios.

El hombre se ha hecho —por primera vez en la historia— prometeico. Al superar el atezamiento en que vivió durante la cultura anterior ha desorbitado su dimensión real; se ha hecho dios. Un dios un poco ridículo porque está profundamente angustiado al no saber qué hacer de sí mismo. Se tiene en propia mano, y no sabe qué hacer consigo mismo.

Por eso las paradojas envuelven al hombre actual, y no está capacitado para comprenderlas. Quiere gobernar la naturaleza a su manera y para conocer su íntima constitución inventó una imagen, un modelo incluso del átomo. Yo todavía aprendí en las aulas universitarias —veinticinco o treinta años después de haber fracasado esa enseñanza física— el modelo atómico de Bohr y Sommerfeld, con el que derrocharon ingenio, para no conseguir al final nada. Pero Heisenberg, Schrödinger y Jordan superaron toda ingenuidad física y concluyeron: lo profundo no es imagi-

nable. Así se desarrolló la nueva física que ha conseguido todos los hallazgos atómicos y nucleares actuales. Así debe desarrollarse el hombre de mañana: haciendo caso omiso de su excesiva imaginación, que identifica falsamente con la verdad, con la realidad. La imagen fracasó ante la visión profunda de la realidad que hoy comienza.

Sin embargo, los aumentos desmedidos de poder —que estos hallazgos físicos trajeron— llevaron al hombre a creer cada vez más en el mito de la cantidad: cuanto más poder y más cosas, mejor. Pero el propio Oppenheimer —el físico atómico— entró en crisis por haber sido víctima de sus propios hallazgos cuando comprobó que la masa, lo cuantitativo, no es de por sí valioso, no tiene calidad, si no da un profundo salto. Los dos grandes mitos, tan distintos —pero en eso iguales—, del americanismo de los grandes números y del nazismo de las grandes masas, se descubrieron, al fin, en su falacia engañosa. Y hace falta recordarlo claramente a los hombres de hoy para que no caigan nuevamente en ese error. Y el reino de la cantidad también ha invadido lo religioso: ante cualquier problema nuevo se multiplican las enseñanzas doctrinales y las normas prácticas, y lo que se consigue paradójicamente es que cada vez haya menos hombres y mujeres religiosos.

La cultura, como tormenta de ideas e imágenes —cuyo modelo fue la propaganda nazi, o es hoy su competidora la propaganda americana—, se reveló también falaz porque daba una falsa seguridad al hombre, a quien no dejaba verdaderamente pensar, y le era imposible —con esa carencia— liberarse de tanta atadura agradable pero engañosa.

El trabajo —como enseña la sociología científica— no es un mito; el trabajo tiene un valor en sí, pero complementado con el reposo creador. Por eso pide Guardini una fuerte dosis de silencio, para madurar y vivir nuestros grandes hallazgos científicos o culturales y poder vivir como hombres y no como autómatas.

La masa debe ser educada, a su vez, para conseguir superar el engañoso individualismo en que vivimos; y por eso hay que complementarlo con el «solidarismo». No hay que olvidar que el hombre es social, y se hace en sus relaciones humanas, cuando tiene el cuadro de una estructura económico-social justa.

El camino, por tanto, para remediar la crisis en que se encuentra el mundo, que ha entrado en dolores de parto con sus convulsiones de guerra, violencia y protesta, es fundamentalmente acostumbrarse a «ver» —como pide Guardini—, o «educar para ser realistas», como decía Freud. No aceptando la superficialidad brillante que hoy vive el mundo —que eso no lo quería ni el pensador católico ni el ateo—, sino buscándoles sentido a las cosas y a los hombres, dejándose hacer por ello en su dinámica histórica, esa dinámica querida por Dios, que es la esencial revelación de Él. Hay que sustituir a la imagen brillante y engañosa, que atrae, pero no descubre, la «visión» seria y profunda de las cosas y los hombres; a las recetas morales, la invención de la conciencia responsable; a la morbosidad táctil, el trabajo constructivo; al ocio burgués, la calma creadora.

No es, por tanto, Dios ese «otro» que entorpece nuestras cosas, según el ateo; o que arregla milagrosamente las cosas del creyente, como piensan muchos católicos. Dios no es nuestra imagen de él, ni la idea que de él nos hemos forjado sus fieles: «no se debe decir Dios es así» (El poder, R. Guardini). Porque ese Dios —fabricado falsamente por el creyente— es un obstáculo a la marcha positiva de las cosas y personas. Tenemos que hacer los creyentes un gigantesco acto de humildad, al aceptar la realidad con esa dinámica que tienen los «signos de los tiempos», sin congelar las cosas en su situación de injusticia, ni querer salir de ellas ingenuamente con el palmetazo o la melosa frase moralizante. Hay que transformarlas, dejándolas ser lo que realmente descubren ser, a través de la ciencia humana, o de un arte que sea para el hombre. Esa será la moral verdadera, la que decía el creyente padre Serpillanges, O. P.: «la ciencia de lo que el hombre debe ser, en función de lo que verdaderamente es».

Por eso, una moral realista y eficaz, humanizadora y social, seguirá por el camino de esta dura frase de Freud: «Un cambio real en las relaciones humanas de la propiedad sería más útil que toda especie de norma ética» (El malestar de la civilización, S. Freud).

Un tiempo nuevo se abre en perspectiva, pero de nosotros depende que la eclosión de lo que está en germen no sea un fracaso.